

Todo hombre es una isla

La Cuba de José Kozer

*Ningún hombre es una isla, algo completo en sí mismo.
Todo hombre es un trozo del continente, una parte de la totalidad.
Si un pedazo de tierra fuera barrido por el mar, daría igual
que pasara en Europa, o en un promontorio, o en la mansión
de tus amigos o en la tuya propia; la muerte de cualquier hombre
me empequeñece, porque estoy integrado en la humanidad;
[por eso no envíes
a nadie a preguntar por quién doblan las campanas,
[porque doblan por ti.*

JOHN DONNE

(«Meditation 17», *Devotions Upon Emergent Occasions*, 1624)

Cada hombre comiendo fragmentos de la isla

VIRGILIO PIÑERA

Jacobo Sefamí

JOSÉ ÁNGEL VALENTE SE REFIERE EN *LA EXPERIENCIA ABISAL* (2004), su último libro de ensayos (publicado póstumamente), a la palabra *tsimsum*, en hebreo, que significa retirada, contracción, retracción; con ella alude a una cosmovisión de Isaac de Luria, en la que el exilio ontológico es necesario para generar el espacio vacío, la nada que permite el acto creador (siguiendo esta idea, Dios se tiene que retraer de sí para poder concebir el mundo). El exilio en términos absolutos sería, de este modo, indispensable para la creación.

Pero, obviamente, en términos más mundanos, el exilio —voluntario o involuntario—, la retirada, implica vaciamiento, pérdida, olvido, marginación. En este sentido, el exiliado se ve obligado a recobrar la memoria, la nostalgia de un tiempo anterior, la reinención (inscripción) en solitario de un cuerpo (social, individual) desaparecido.

Ya sea que comprendamos el destierro como una expulsión del jardín edénico, o como un fenómeno político, las reacciones y las maneras de hacer frente a esa experiencia dolorosa son múltiples.

El ser colectivo de la sociedad cubana se encuentra resquebrajado y cada individuo enfrenta esa retirada a su propio modo; no se encuentra ninguna cohesión social que remotamente pueda equipararse a la metáfora de un bien común («*No man is an island*», según la meditación célebre de John Donne apuntada en el epígrafe), sino cientos de miles de islas, pequeñísimos islotes de tierra que deambulan buscando la Isla con mayúscula, el continente perdido de una identidad común.

En estas páginas me concentraré en los modos en que el poeta José Kozer (La Habana, 1940) se vincula con su lugar de origen. Desde sus inicios como escritor, ha mantenido el ámbito cubano como uno de los temas que le dan unidad a una vastísima obra. Estoy convencido de que el análisis de lo cubano en Kozer (édito e inédito) daría suficiente material para escribir una tesis. Aquí me restringiré a algunas observaciones:

1. La circunstancia biográfica remite a lo plural como síntoma de los flujos migratorios familiares. Kozer explica: «Vengo de una familia mestiza en la que hay checos y polacos, húngaros y rusos; hay una tía mulata, y en la generación siguiente hay católicos y hay judíos». (*La voracidad*, p. 91). Además, la experiencia del exilio hace que lo cubano conviva (además de con lo judío) con lo español y con la multiplicidad cultural latinoamericana.

Un poema que se ha usado como modo de ilustrar esta peculiaridad es «*Gaudeamus*» (de *Bajo este cien*, 1983). El yo, al no hallar una definición unívoca de sí, se multiplica: es el todos. Esto se da (al menos) en tres planos diferentes: el lingüístico, el físico y el espiritual. El primero aparece al principio: «En mi confusión / no supe ripostar a mis detractores, aquellos / que me tildan / de postalita porque pronuncio la ce a la manera castellana o digo tío por tipo (me privan) los mestizajes / (peruanismos) (mexicanismos) / de la dicción y los vocablos» (*Bajo este cien*, p. 44). A pesar de que hay cubanismos claros como «ripostar» (contestar, usado sobre todo en el boxeo) y «postalita» (falso o pretencioso), el hablante dice estar inmerso en «los mestizajes de los vocablos». Obviamente, en el contexto del poema esto puede incluir cualquier otra región donde se hable español. En el aspecto físico se describe a una persona inimaginable, puesto que tiene rasgos enteramente contradictorios: «ni soy uno (ni otro) ni soy recto ni ambiguo, bárbaramente romo/ y narigudo (barbas) asirias (ojos) oblicuos...». Ser romo (chato de nariz) y narigudo a la vez implica, necesariamente, que también en lo físico se intenta dar una totalidad: alguien que se enmascara, se autorrepresenta con las figuras de los demás. Y en el aspecto espiritual se combina el «*Gaudeamus Igitur*» (el canto católico) con el *shofar* (el sonido que se emite en la celebración judía del Yom Kippur, el día del perdón, como recordatorio del llamado a la ley religiosa), como si la autodefinición de la identidad judía no bastase al hablante. La pluralidad, así, es lo que signa al yo. La noción de desarraigo y exilio es clara hacia el final del poema, cuando la persona poética se declara «sin nación». De hecho, Kozer usa este poema como ejemplo al explorar el vínculo entre la ausencia de la referencia territorial y la lengua misma.

2. Hay cierta tendencia a rememorar el pasado, reconstituirlo en sus contrastes con el presente. Dado que Kozer salió a los veinte años de edad, existe siempre un vínculo mnemónico entre Cuba y la infancia / adolescencia. El poeta señala al respecto en una entrevista: «...la memoria juega un papel primordial en mis textos y tal vez en los textos de los exiliados... Todo desarraigo... es doloroso (e incluso, doloso y culpable) y en cuanto tal, tiene que desear, al menos inconscientemente, que todo permanezca estable y, por así decirlo, anterior al momento de la ruptura y del exilio, anterior al desastre... Es como si al escribir el inconsciente dijera una y otra vez, aquello del desarraigo no ocurrió... todavía estoy allá, soy niño o soy un adolescente, soy 'feliz' y no un desarraigado ni un extrauterino». (*La voracidad*, pp. 98-99). En los autorretratos que aparecen en *Trazas del lirondo*, el lector encontrará varios ejemplos en que el sujeto se desdobra: se retrata degradado en el presente, pero ineludiblemente acude a su pasado, a su juventud, en busca de un momento de vigor y plenitud. En el quinto autorretrato que aparece en el libro se lee: «Un suéter carmelita claro al último grito pantalón azul de tiro corto, ceñido a los tobillos: tocado por una gorra visera de cuero... / El lindo del lugar. Rey tíbiri». La alusión tiene un tono irónico: «el lindo del lugar» señala un sujeto que deambula en las calles y es apreciado y adulado por el resto. Eso contradice diametralmente el principio del poema (que alude a la descomposición del cuerpo en el presente) puesto que el sujeto no se recluye (por apestado) sino que sale a la calle y se convierte en el «rey tíbiri». La palabra «tíbiri», por otro lado, podría situar esta mínima referencia en Cuba, puesto que es un coloquialismo que viene de la frase «Aquí, en el tíbiri, tábara...» que denota alegría y felicidad. Pero la sensación de estar bien dura muy poco tiempo. El sujeto advierte su «descomposición» en una introspección (microscópica) en su organismo: «La nubecilla del ojo y la bizquera, males menores, muy poca cosa: ahí donde la vena cava, cruzan a mares la blanca yedra de los fagocitos, la doble pieza germinativa, del microbio». Comienza con las dificultades de la vista y con un mirar torcido. El sujeto distorsiona de inmediato el elogio a través del efecto de la «bizquera». Después, se introduce en los conductos del corazón y «retrata» («fotografía venal», dice más adelante) el tránsito del microbio por los conductos del corazón (órgano principal de la vida). Así, frente a los vanos intentos del sujeto por verse «emperejilado», revestido con las ropas de la juventud y del pasado, este poema insiste en el «intrínseco desconchinflamiento» del cuerpo. El contraste no puede ser más intenso. Cuba, por efectos metonímicos, está irremediabilmente asociada con la energía vital del vigor juvenil.

3. Dado que la poesía de Kozer opera siempre en función del lenguaje (fundamento de todo su trabajo), Cuba se convierte en una disquisición lingüística. De modo semejante a los cabalistas españoles medievales, que se refugian en el Pentateuco bíblico (la Torá), estudiándolo y analizándolo con un exceso que parece desproporcionado, la poesía de Kozer es el resultado de su obsesión con el lenguaje. Ha escrito cerca de 6.000 poemas y continúa escribiendo con una fruición exacerbada. Todos sus temas

están emparentados con las palabras que sirven para articularlos. Por ello, lo cubano también aparece a través de los propios vocablos.

Véase, a este respecto, un fragmento del poema «De los nombres» (publicado en *et mutabile*, 1995, y en la antología que de él se publicó en Cuba, *No buscan reflejarse*, 2001):

...en su espejo de aguas me leo (manatí) releo la Isla, su verdadero nombre es Yagua (Balboa, cómo se llama) yara yarey, pongámosle de una vez por todas Áglaye, Alecto o qué por falta de mejor palabra.

La Isla, con mayúscula, alude evidentemente a Cuba (también representada y emulada en el mapa a través de la forma misma del manatí acuático). El yo se ve a sí mismo como un espejo, una isla —diría yo— de la Isla. A su vez, la Isla es renombrada con un cúmulo de vocablos, que se van conectando más por afinidad aparentemente sonora (yagua, yara, yarey), que por vínculos semánticos, aunque en los tres casos, las voces provengan de Cuba o del Caribe. Sintomático también de esta poesía es que una palabra importante aparezca casi perdida entre otras. Sería el caso de «Yara» que necesariamente remite al sitio donde se proclama la libertad (en 1868), y se inicia el impulso para la independencia del país, por lo que Kozzer remite de modo tangencial al plano político, advirtiendo irónicamente que es «Yara» a lo que se aspira (o lo que inspira), ahora que el ser cubano se encuentra privado de la libertad. A la vez, los otros vocablos referidos en la cita remiten a los sentimientos encontrados del hablante: Alecto, una de las Erinias griegas (o Furias romanas) que vengan los delitos de sangre cometidos contra la familia; y simultáneamente, Áglaye, una de las tres Gracias griegas (las otras dos son el encanto y la belleza), que representa el esplendor. Cuba es eso, la furia y el esplendor, una diosa vengadora y una diosa resplandeciente. Cuba es una lista de emociones que se encuentran y que (de modo metonímico) se van hilvanando en la frase, en el verso kozeriano.

O véase el poema «Especular» (escrito en Cuba, en un viaje corto, después de cuarenta y dos años de ausencia), en que el hablante se regocija con el lenguaje:

Vamos bojeando, vamos bojeando. Me emocionan las guasasas, si digo verdad me emociona llenarme la boca de la palabra guasasa: kozer, bojea, a dos manos, boca llena. Adelante, pasa Guanabo, Bacunayagua, la entrada a Matanzas mucho recuerda (¿recuerdas?) la entrada a Santiago de Cuba: ya ves; todo coincide. Ceiba es ombú; ombú, árbol Bo. Y bibijagua es larva; tú eres rabirrubia, pejerrey, confórmate nasa. Y comején. Y chilindrón de comején para los bosques de majagua... (*Rosa cúbica*, p. 15).

Es curioso que este recorrido (en este bojear que bordea la Isla) tan significativo, en que se conoce y se reconoce el espacio insular, esté signado por una especie de encuentro místico con el pasado (el árbol Bo que remite al supremo conocimiento y el nirvana que alcanza Buda bajo dicho árbol) y, a la vez, por una conciencia de la destrucción, puesto que aparece una cantidad

de insectos (bibijaguas, comejenes, guasasas) que poco a poco irán comiendo la madera misma de esos árboles (y la de la casa construida con los mismos) sagrados. En la nota introductoria a su libro *Ánima* (Fondo de Cultura Económica, México D.F., 2002), Kozer ve en su trabajo una vuelta constante, una insistencia en lo insular, como paso en camino hacia un mundo ulterior:

Dado que el autor de estos poemas nació en una isla y dado que el Purgatorio es una 'isoletta' ('*Questa isoletta intorno ad imo ad imo*') entiende ahora que los poemas que configuran *Ánima* participan de ese otro fundamento: el de la recurrencia, circularidad, el punto de partida que tiende (necesita) cerrarse en una oval, en un redondel o circunferencia, en que lo último regresa a lo primero; en este caso la isla se dirige a la Isla, o Cuba entronca (germina) con la *isoletta* (*Ánima*, p. 8).

En un poema del mismo libro, el hablante padece de insomnio. Durante la noche, el centro de la ciudad de La Habana parece invadido por totíes:

Flor de manzano (totí) flor de manzano, una ventana (el marco verde, despintado): y luego de leer toda la tarde furtivado de madre de padre (mirar): pasan bandadas de pájaros negros rumbo al Paseo del Prado (lustrosos, plumajes) (el rastro azabache surcando a la caída de la tarde el espacio) (Cuba: espacio): mirar.

No extraviarme (mirar) no extraviarme (asomarme) no extraviarme (cantar): mi nación es el totí.

Una representación de la Nada por ausencia de palabras trastorna por diversidad de palabras la substancia de la Nada. (*Ánima*, p. 51).

Un procedimiento típico de la obra de Kozer consiste en usar expresiones populares, pero para desarticularlas, darles la vuelta, recomponerlas de modo que alteren su significado original. Así, la frase «la culpa de todo la tiene el totí», es aprovechada por Kozer para crear una imagen bastante intensa de la situación de desamparo en Cuba: «mi nación es el totí». Si bien, por un lado, remite al nombre de un pájaro como clara referencia de identidad de lo cubano, por otro, ensalza la culpa implícita de todo en el animal que se dirige al centro de La Habana «a pernoctar». Así, mientras el pájaro llega al Paseo del Prado a «descansar» (¿será el totí una especie de desdoblamiento del yo?), el sujeto se encuentra en desasosiego, sin poder conciliar el sueño. De algún modo, este poema podría remitir al ámbito inquietante y de crítica mordaz de Virgilio Piñera, aunque la ironía de Kozer es mucho más sutil y subrepticia. Si en «La isla en peso», Piñera exponía una Cuba antiparadisíaca, en la que se combatían todos los clichés anteriores, en Kozer el anhelo de su lugar natal hace que se ejerza un poderoso contraste entre un pasado idílico y un presente enervante, ante el cual se responde con la nada (también piñeriana) o con una abrumadora sobrecarga de vocablos y referencias, como para testificar (gracias al lenguaje) que ese mundo aún existe.